

Prólogo

Hace unos años

No podía dormir.

No era nada nuevo. Aunque cualquiera diría que, a estas alturas, ya estaría acostumbrado.

Pero no. Cada noche, Sebastian Grey cerraba los ojos con la esperanza de quedarse dormido. Porque, ¿por qué no iba a hacerlo? Era un chico perfectamente sano, perfectamente feliz y perfectamente sensato. No había ningún motivo por el que no pudiera dormir.

Pero no podía.

No le pasaba siempre. A veces, y no tenía ni idea de por qué unos días sí y otros no, apoyaba la cabeza en la almohada y caía casi de forma instantánea en un plácido sopor. Los otros días se retorció, daba vueltas, se levantaba a leer, bebía un té, se retorció, daba más vueltas, se incorporaba y miraba por la ventana, se retorció, daba vueltas, jugaba a los dardos, se retorció, daba vueltas y, al final, se daba por vencido y contemplaba la salida del sol.

Había visto muchas. En realidad, Sebastian se consideraba un experto en salidas de sol desde las islas británicas.

Inevitablemente, el cansancio se apoderaba de él y, en algún momento después de la salida del sol, caía rendido en la cama, en la butaca o, como le había sucedido en varias y desagradables ocasio-

nes, con la cara pegada al cristal de la ventana. Esto no sucedía cada día, aunque sí con la frecuencia suficiente para haberse labrado la fama de dormilón, algo que francamente le resultaba muy divertido. Nada le gustaba tanto como una mañana fría y vigorizante y estaba seguro de que no había comida más satisfactoria que un buen desayuno inglés.

Por lo tanto, se entrenaba para convivir con su desgracia lo mejor posible. Se había acostumbrado a desayunar en casa de su primo Harry, en parte porque el ama de llaves de este cocinaba de maravilla, pero también porque eso implicaba que este lo esperaba. Y eso significaba que, de cada diez veces, nueve tenía que aparecer. Y eso significaba que no podía permitirse dormir más allá de las siete y media de la mañana. Y eso significaba que, a la noche siguiente, estaba más cansado de lo habitual. Y eso significaba que cuando se metiera en la cama y cerrara los ojos, se quedaría dormido con más facilidad.

En teoría.

No, se dijo. No era justo. No necesitaba usar el sarcasmo consigo mismo. Su magnífico plan no siempre funcionaba a la perfección, pero funcionaba. Últimamente, dormía algo mejor. Y no sólo esta última noche.

Se levantó, se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal. Fuera hacía frío, y el aire helado le erizaba la piel a través de la ventana. Le gustaba aquella sensación. Era importante. Vital. Una especie de momento tangible que le recordaba su propia humanidad. Tenía frío, por lo tanto debía de estar vivo. Tenía frío, por lo tanto no era invencible. Tenía frío, por lo tanto...

Se echó hacia atrás y soltó una risotada irónica. Tenía frío, por lo tanto tenía frío. No había muchos más secretos.

Le sorprendió que no lloviera. Anoche, cuando había llegado a casa, todo parecía indicar que iba a llover. Durante su estancia en el continente, había desarrollado una extraordinaria habilidad para predecir el tiempo.

Seguramente, empezaría a llover dentro de poco.

Regresó al centro de su habitación y bostezó. Quizá debería leer algo. Así le venía sueño, a veces. Aunque, claro, no se trataba de que le viniera sueño. Podía venirle todo el sueño del mundo y, aún así, estar despierto. Cerraba los ojos, colocaba la almohada en la posición correcta y, sin embargo...

Nada.

Se quedaba allí tendido, esperando, esperando, esperando. Intentaba quedarse con la mente en blanco, estaba seguro de que era lo que necesitaba. Un lienzo en blanco. Una pizarra limpia. Si podía alcanzar la nada más absoluta, entonces se quedaría dormido. Estaba seguro.

Sin embargo, no funcionaba. Porque, cada vez que Sebastian Grey intentaba alcanzar la nada, la guerra regresaba y lo alcanzaba a él.

La veía. La sentía. Otra vez. Todas esas cosas que, francamente, con una vez había más que suficiente.

Y entonces abría los ojos. Porque lo único que veía era su habitación, muy normal, con la cama, muy normal. La colcha era verde y las cortinas, doradas. El escritorio era de madera.

Estaba muy tranquilo. Durante el día, se oían los ruidos habituales de la ciudad, pero, por la noche, esa parte de la ciudad solía quedarse en silencio. Realmente era increíble poder disfrutar del silencio. Escuchar el viento y quizá también los pájaros sin tener que estar pendiente del fútbol o los disparos a la diana. O algo peor.

Cualquiera diría que, en medio de aquella tranquilidad, podría dormir plácidamente.

Volvió a bostezar. Quizá podría leer. Esa misma tarde, había seleccionado varios títulos de la colección de Harry. No había mucho dónde escoger; a Harry le gustaba leer en francés o ruso y, a pesar de que él conocía ambos idiomas, porque la abuela materna que compartían había insistido en ello, no le resultaban tan familia-

res como a Harry. Para él, leer en otro idioma era trabajo y ahora sólo le apetecía entretenerse.

¿Era eso pedirle mucho a un libro?

Si él escribiera un libro habría emoción. Habría muertos, aunque no demasiados. Y nunca ninguno de los personajes principales. Sería demasiado deprimente.

También tendría que haber amor. Y peligro. El peligro era bueno.

Quizás algo de exotismo, aunque sin exagerar. Sebastian sospechaba que gran parte de los autores no investigaban de forma adecuada. Hacía poco había leído una novela que se desarrollaba en un harén árabe. Y, aunque la idea del harén le resultaba interesante...

Muy interesante.

Sin embargo, tenía la sensación de que el autor no había entendido los detalles. Le gustaba una aventura como a cualquiera, pero incluso a él le costaba creer que la valiente heroína inglesa hubiera logrado escaparse colgando una serpiente de la ventana y deslizándose hacia la salvación.

Y para mayor ofensa, el autor ni siquiera había descrito qué tipo de serpiente había utilizado la chica.

De veras, él lo haría mejor.

Si escribiera un libro, lo ubicaría en Inglaterra. Y no habría serpientes.

Y el héroe no sería un dandi granuja, preocupado únicamente por el corte del chaleco. Si escribiera un libro, el héroe sería realmente heroico.

Pero con un pasado misterioso. Para mantener el interés.

También tendría que haber una heroína. Le gustaban las mujeres. ¿Cómo la llamaría? Algo normal. Quizá Joan. No, sonaba demasiado temible. ¿Mary? ¿Anne?

Sí, Anne. Le gustaba Anne. Tenía un sonido firme muy bonito. Pero nadie la llamaría Anne. Si escribiera un libro, la heroína estaría perdida; no tendría familia. Nadie la llamaría por su nombre de pila.

Necesitaba un buen apodo. Algo fácil de pronunciar. Algo agradable.

Sainsbury.

Hizo una pausa y lo pronunció mentalmente. Sainsbury. Por algún motivo, le recordaba al queso.

Estaba bien. Le gustaba el queso.

Anne Sainsbury. Era un buen nombre. Anne Sainsbury. La señorita Sainsbury. La señorita Sainsbury y...

¿Y qué?

¿Y el héroe? ¿Debería tener un título? Sebastian sabía lo suficiente de la nobleza para dibujar un retrato bastante exacto de un noble indolente.

Sin embargo, eso era aburrido. Si escribiera un libro, tendría que ser una historia excepcional.

Podría hacer que fuera militar. De eso también sabía. ¿Un mayor, quizá? ¿La señorita Sainsbury y el misterioso mayor?

Cielo santo, no. Demasiada aliteración. Incluso a él le parecía demasiado rebuscado.

¿Un general? No, los generales estaban demasiado ocupados. Y, además, tampoco había tantos. Si iba a ir por ahí, también podrían aparecer uno o dos duques.

¿Y un coronel? Alto en los rangos militares, para que tuviera autoridad y poder. Podría provenir de buena familia, alguien con dinero, aunque no demasiado. Un hijo pequeño. Los hijos pequeños siempre tenían que labrarse su propio camino en la vida.

La señorita Sainsbury y el misterioso coronel. Sí, si escribiera un libro, lo titularía así.

Pero no iba a escribir ningún libro. Bostezó. ¿De dónde sacaría el tiempo? Miró la pequeña mesa, donde sólo había una taza de té frío. ¿O el papel?

El sol ya había empezado a asomar por el horizonte. Tendría que volver a meterse en la cama. Seguramente, podría dormir unas

horas antes de tener que levantarse e ir a casa de Harry a desayunar.

Miró por la ventana, donde la luz oblicua de la mañana entraba por el cristal.

Se detuvo. Le gustaba cómo sonaba.

«La luz oblicua de la mañana entraba por el cristal.»

No, no quedaba claro. Cualquiera podría pensar que se trataba del cristal de una copa de brandy.

«La luz oblicua de la mañana entraba por la ventana.»

Aquello estaba mejor. Pero necesitaba algo más.

«La luz oblicua de la mañana entraba por la ventana, y la señorita Anne Sainsbury estaba acurrucada debajo de la delgada manta preguntándose, como solía hacer, de dónde sacaría el dinero para poder comer al día siguiente.»

Era realmente bueno. Hasta él quería saber qué le pasaba a la señorita Sainsbury, y se lo estaba inventando.

Se mordió el labio inferior. Quizá debería escribirlo. Y hacer que la heroína tuviera un perro.

Se sentó frente a la mesa. Papel. Necesitaba papel. Y tinta. Seguro que encontraba algo en los cajones.

«La luz oblicua de la mañana entraba por la ventana, y la señorita Anne Sainsbury estaba acurrucada debajo de la delgada manta preguntándose, como solía hacer, de dónde sacaría el dinero para poder comer al día siguiente. Deslizó la mirada hasta su fiel perro pastor escocés, que estaba tendido en la alfombra a los pies de la cama, y supo que había llegado el momento de tomar una decisión trascendental. La vida de sus hermanos dependía de ello.»

Fíjate. Un párrafo entero. Y no le había costado nada.

Sebastian levantó la mirada y se volvió hacia la ventana. La luz oblicua de la mañana seguía entrando por la ventana.

La luz oblicua de la mañana entraba por la ventana y Sebastian Grey era feliz.

Capítulo 1

Mayfair, Londres
Primavera de 1822

La clave para un matrimonio feliz —pontificó lord Vickers—, es mantenerse alejado de la esposa.

En condiciones normales, una frase como esa poco alteraría la vida y el destino de la señorita Annabel Winslow, pero había diez motivos por los que la frase de lord Vickers le resultaba especialmente dolorosa.

Uno, que lord Vickers era su abuelo materno, lo que implicaba que, dos, la esposa en cuestión era su abuela, quien, tres, recientemente había decidido arrancar a Annabel de su tranquila y feliz vida en Gloucestershire y, en sus propias palabras, «pulirla y casarla».

Igual de importante era que, cuatro, lord Vickers estaba hablando con lord Newbury, quien, cinco, había estado casado, y aparentemente había sido feliz, pero, seis, su esposa había muerto y ahora era viudo y, siete, su hijo había muerto el año pasado sin descendencia.

Lo que significaba que, siete, lord Newbury estaba buscando esposa y, ocho, que creía que una alianza con Vickers estaría bien, y, nueve, que le había echado el ojo a Annabel porque, diez, tenía las caderas anchas.

Maldición. ¿Había enumerado dos sietes?

Annabel suspiró, porque era lo máximo que le permitían mientras estaba sentada en el sofá. Poco importaba que hubiera once puntos en lugar de diez. Sus caderas eran sus caderas y, ahora mismo, lord Newbury estaba decidiendo si su próximo heredero se pasaría nueve meses entre ellas.

—¿Has dicho que es la mayor de ocho hermanos? —murmuró lord Newbury, mientras la miraba con aire pensativo.

«¿Con aire pensativo?» No era lo más adecuado. Parecía que estaba a punto de relamerse los labios.

Annabel miró a su prima, lady Louisa McCann, con inquietud. Louisa había venido a visitarla aquella tarde y se lo estaban pasando en grande hasta que lord Newbury hizo su inesperada entrada. El rostro de Louisa estaba perfectamente sereno, como siempre que estaba en reuniones sociales, pero Annabel vio que abría los ojos con compasión.

Si Louisa, cuyos modales y actitud eran inalterablemente correctos, independientemente de la ocasión, no podía borrar el horror de su cara, Annabel sabía que estaba metida en un buen lío.

—Además —añadió lord Vickers, con gran orgullo—, todos nacieron sanos y fuertes. —Alzó la copa en un brindis silencioso por su hija mayor, la fecunda Frances Vickers Winslow a quien, Annabel no pudo evitar recordar, solía referirse como «esa tonta que se casó con ese maldito tonto».

A lord Vickers no le hizo ninguna gracia que su hija se casara con un caballero de campo sin demasiado dinero. Y, por lo que Annabel sabía, no había cambiado de opinión.

La madre de Louisa, en cambio, se había casado con el hijo menor del duque de Fenniwick, apenas tres meses antes de que el hijo mayor del duque decidiera ir a saltar con un caballo mal entrenado y se rompiera su noble cuello. Había sido, en palabras de lord Vickers, «muy oportuno».

Para la madre de Louisa, claro; no para el heredero muerto. Ni para el caballo.

No era extraño que los caminos de Annabel y Louisa apenas se hubieran cruzado antes de esta primavera. Los Winslow, amontonados con su numerosa prole en una pequeña casa, tenían poco en común con los McCann que, cuando no habitaban su mansión palaciega de Londres, se trasladaban a un antiguo castillo que había junto a la frontera con Escocia.

—El padre de Annabel tenía nueve hermanos —dijo lord Vickers.

Annabel se volvió hacia él con cautela. Era lo más cerca que su abuelo había estado de elogiar a su padre, descansara en paz.

—¿De veras? —preguntó lord Newbury, mirando a Annabel con unos ojos más resplandecientes que nunca. Annabel apretó los labios, entrelazó los dedos de las manos en el regazo y se preguntó qué podría hacer para desprender un aspecto de infertilidad.

—Y, por supuesto, nosotros tenemos siete hijos —añadió lord Vickers, agitando la mano en el aire con ese movimiento de modestia tan propio de los hombres cuando no son modestos.

—No te mantuviste lejos de tu esposa tanto como dices, ¿eh? —se rió lord Newbury.

Annabel tragó saliva. Cuando Newbury se reía o, mejor dicho, cuando hacía cualquier movimiento, las mejillas le colgaban y zangoloteaban. Era una visión terrible que le recordaba a la gelatina de pata de ternero que el ama de llaves le obligaba a tomarse cuando estaba enferma. Realmente, bastaba para que cualquier jovencita echara a correr.

Intentó calcular cuánto tiempo tendría que pasar sin comer para reducir de forma significativa el tamaño de sus caderas, preferiblemente hasta una anchura considerada inaceptable para engendrar hijos.

—Piénsalo —dijo lord Vickers, dando una palmada en la espalda a su viejo amigo.

—Lo estoy pensando —respondió lord Newbury. Se volvió

hacia Annabel, con los ojos azul claro llenos de interés—. Te prometo que lo estoy pensando.

—Pensar está sobrevalorado —anunció lady Vickers. Alzó una copa de jerez en honor de nadie en particular y se la bebió.

—Había olvidado que estabas aquí, Margaret —dijo lord Newbury.

—Yo nunca me olvido —se quejó lord Vickers.

—Me refiero a los caballeros, por supuesto —dijo lady Vickers, ofreciendo la copa vacía a cualquiera de los dos hombres que la cogiera primero para volver a llenársela—. Una dama siempre tiene que estar pensando.

—Ahí es donde no estamos de acuerdo —dijo Newbury—. Mi Margaret se guardaba sus pensamientos para ella. La nuestra fue una unión espléndida.

—Se mantenía lejos de ti, ¿no? —dijo lord Vickers.

—Como he dicho, fue una unión espléndida.

Annabel miró a Louisa, que estaba sentada con mucho decoro en la silla que había a su lado. Su prima era muy delgada, con los hombros finos, el pelo castaño claro y los ojos de color verde pálido. Annabel siempre pensaba que, a su lado, ella parecía una especie de monstruo. Ella tenía el pelo oscuro y ondulado, a la mínima que se exponía al sol acababa bronceada, y su silueta había atraído una atención no deseada desde su decimosegundo verano.

Sin embargo, nunca jamás las atenciones habían sido menos deseadas como ahora, mientras lord Newbury la miraba como si fuera un caramelo.

Annabel se quedó inmóvil, intentando imitar a Louisa, mientras procuraba que sus pensamientos no se le reflejaran en la cara. Su abuela siempre la reñía por ser demasiado expresiva. «Por el amor de Dios —decía, habitualmente—. Deja de sonreír como si supieras algo. Los caballeros no quieren una mujer que sepa cosas. Al menos, no es lo que buscan en una esposa.»

Entonces, lady Vickers solía tomarse una copa y añadía: «Puedes aprender muchas cosas cuando te hayas casado. Preferiblemente, con otro caballero que no sea tu marido.»

Si Annabel no sabía nada antes, ahora ya sí. Como el hecho de que al menos tres de los vástagos de los Vickers no eran hijos de lord Vickers. Annabel estaba empezando a descubrir que su abuela tenía, aparte de un vocabulario notablemente blasfemo, una visión de la moralidad algo diluida.

Gloucestershire empezaba a parecer un sueño. En Londres, todo era tan... reluciente. Aunque no literalmente, claro. En realidad, en Londres todo era más bien gris, cubierto por una fina capa de hollín y suciedad. No estaba segura de por qué le había venido a la cabeza la palabra «reluciente». Quizá porque nada parecía sencillo. Nada parecía franco. E incluso todo era un tanto resbaladizo.

Descubrió que tenía ganas de beberse un vaso grande de leche, como si algo tan fresco y puro pudiera devolverle el equilibrio. Nunca se había considerado particularmente remilgada, y Dios sabía que era La Winslow con más probabilidades de dormirse en la iglesia, pero parecía que cada día que pasaba en la capital traía una sorpresa nueva, otro momento que la dejaba boquiabierta y confundida.

Ya llevaba aquí un mes. ¡Un mes! Y todavía tenía la sensación de ir de puntillas, de no estar segura de si hacía o decía lo correcto en cada momento.

Y lo odiaba.

En casa estaba segura. No siempre tenía razón, pero casi siempre estaba segura. En Londres, las reglas eran distintas. Y lo peor era que todo el mundo se conocía. Y si no se conocían personalmente, habían oído hablar de los demás. Era como si toda la alta sociedad compartiera una historia secreta de la que Annabel no estaba enterada. Cada conversación escondía un significado más profundo y sutil. Y ella, que además de ser la Winslow con más probabilidades de dormirse en la iglesia, era la Winslow con más probabilidades de decir lo que pen-

saba, tenía la sensación de que no podía decir nada por miedo a ofender a alguien.

O a hacer el ridículo.

O a dejar en ridículo a otra persona.

No podía soportarlo. No podía soportar la idea de demostrar a su abuelo que su madre realmente había sido una tonta, que su padre había sido un maldito tonto, y que ella era la mayor tonta de todos.

Había mil maneras de hacer el ridículo, y cada día se presentaban nuevas oportunidades. Era agotador intentar evitarlas todas.

Annabel se levantó e hizo una reverencia cuando lord Newbury se marchó, e intentó no darse cuenta de que la mirada del anciano se clavaba en su escote. Su abuelo salió del salón con él y ella se quedó con Louisa, su abuela y la botella de jerez.

—Tu madre estará encantada —anunció lady Vickers.

—¿Con qué, señora? —preguntó Annabel.

Su abuela la miró con hastío, con una pizca de incredulidad y una nota de enfurecimiento.

—Con el conde. Cuando acepté traerte a Londres jamás imaginé que pudiéramos aspirar a algo más que un barón. Has tenido suerte de que esté desesperado.

Annabel sonrió con ironía. Era encantador ser el objeto de la desesperación.

—¿Jerez? —le ofreció su abuela.

Annabel meneó la cabeza.

—¿Louisa? —Lady Vickers ladeó la cabeza hacia su otra nieta, que enseguida negó con la cabeza—. No es gran cosa, eso es cierto —dijo Lady Vickers—, pero cuando era joven era bastante apuesto, así que vuestros hijos no serán feos.

—Qué bien —respondió Annabel, con un hilo de voz.

—Varias de mis amigas estaban enamoradas de él, pero él sólo tenía ojos para Margaret Kitson.

—Tus amigas —murmuró Annabel. Las amigas de su abuela habían querido casarse con lord Newbury. Las amigas de... ¡su abue-

la! Habían querido casarse con el hombre que, seguramente, quería casarse con ella.

Santo Dios.

—Y morirá pronto —continuó su abuela—. No podrías pedir más.

—Creo que ahora sí que me tomaré esa copita de jerez —anunció Annabel.

—Annabel —dijo Louisa, incrédula, lanzándole una mirada de «¿Qué estás haciendo?».

Lady Vickers asintió y le sirvió una copa.

—No se lo digas a tu abuelo —dijo la mujer, mientras le daba la copa—. Cree que las chicas de menos de treinta años no deberían beber alcohol.

Annabel bebió un buen trago. Le resbaló por la garganta ardiendo, aunque no tosió. En casa nunca le habían ofrecido jerez, al menos no antes de la cena. Pero ahora necesitaba fuerzas.

—Lady Vickers —dijo el mayordomo—, me ha pedido que le recuerde cuándo había llegado la hora de marcharse a la reunión en casa de la señora Marston.

—Ah sí, es verdad —respondió esta, gruñendo mientras se levantaba—. Es una vieja muy pesada, pero siempre sirve la mesa de forma estupenda.

Annabel y Louisa se levantaron mientras su abuela salía del salón y, en cuanto lo hizo, volvieron a sentarse y Louisa dijo:

—¿Qué ha pasado mientras he estado fuera?

Annabel suspiró.

—Imagino que te refieres a lord Newbury.

—Sólo he estado en Brighton cuatro días. —Louisa lanzó una mirada rápida hacia la puerta para verificar que no hubiera nadie y luego suspiró con urgencia—. ¿Y ahora quiere casarse contigo?

—No ha dicho nada de matrimonio —respondió Annabel, aunque hablaba más desde la esperanza que desde la realidad. A juzgar por las atenciones que le había prestado durante esos últimos cuatro

días, seguro que iría a Canterbury a obtener una licencia especial antes de finales de semana.

—¿Sabes su historia? —le preguntó Louisa.

—Creo que sí —respondió Annabel—. En parte. —En cualquier caso, no tan bien como Louisa. Ya era la segunda temporada en Londres de su prima y, lo más importante, ella había nacido en ese ambiente. Puede que el pedigrí de Annabel incluyera un abuelo vizconde, pero, a fin de cuentas, era hija de un hombre de campo. Louisa, en cambio, había pasado todas las primaveras y los veranos de su vida en Londres. Su madre, su tía Joan, había muerto hacía varios años, pero el duque de Fenniwick tenía varias hermanas, todas muy bien situadas socialmente. Puede que Louisa fuera tímida, y puede que fuera la última persona que uno esperaría que difundiera chismorreos y rumores, pero lo sabía todo.

—Está desesperado por encontrar esposa —le dijo su prima.

Annabel le ofreció lo que ella esperaba que fuera un gesto de desprecio hacia sí misma y dijo:

—Yo también estoy desesperada por encontrar marido.

—No tan desesperada.

Annabel no la contradijo, pero la verdad era que si no concertaba un buen matrimonio pronto, sólo Dios sabía qué sería de su familia. Nunca habían tenido mucho, pero, mientras su padre estuvo vivo, siempre habían conseguido salir adelante. No sabía de dónde habían sacado sus padres el dinero suficiente para enviar a sus cuatro hermanos a la escuela, pero estaban donde tenían que estar: en Eton, recibiendo una educación de caballeros. Annabel no sería la responsable de que tuvieran que marcharse.

—Su esposa murió hace no sé cuántos años —continuó Louisa—, pero no importaba porque le había dado un hijo sano. Y dicho hijo había tenido dos hijas, de modo que la nuera era fértil.

Annabel asintió y se preguntó por qué la fertilidad siempre era un asunto de la mujer. ¿Acaso los hombres no podían ser infértiles, también?